

Esta casa ¿de quién es?

¿De quién es la noche que impide que entre
la luz?

Di, ¿a quién pertenece esta casa?

Mía no es.

Yo soñé otra, más acogedora, más luminosa,
con vistas a lagos que surcan barcos pintados,
a anchos campos abiertos ante mí como brazos.

Es extraña esta casa.

Sus sombras mienten.

Di, contesta, ¿por qué entra mi llave en la cerradura?

Se alzarón como hombres. Los vimos. Como hombres se pusieron de pie.

No teníamos que estar cerca de allí. Como en la mayoría de las granjas de los alrededores de Lotus, Georgia, aquella estaba llena de inquietantes letreros de advertencia. Las amenazas colgaban de la alambrada de estacas cada cinco pies más o menos. Pero cuando vimos en la tierra el hueco escarbadó por algún animal —un coyote tal vez, o un perro de caza—, no pudimos resistirlo. Solo éramos niños. A mi hermana la hierba le llegaba al hombro, y a mí a la cintura, así que, tras comprobar que no había culebras, nos tiramos al suelo y, reptando, atravesamos el hueco. Nos picaban los ojos por la sabia de las plantas y las nubes de mosquitos, pero mereció la pena. Justo enfrente, a unas cincuenta yardas, se alzaban como hombres. Sus cascos levantados golpeaban con estrépito, las crines hacia atrás dejaban al descubierto unos ojos blancos y furiosos. Se mordían como perros, pero cuando se alzarón, apoyándose solo en las patas traseras y las delanteras

a la altura de la cruz del adversario, contuvimos la respiración con asombro. Uno de ellos era colorado como la herrumbre, el otro negro azabache, los dos brillantes por el sudor. Los relinchos no nos asustaron tanto como el silencio que siguió a la coz que uno le pegó al otro en los labios levantados con las patas traseras. A su alrededor, los potros y las yeguas, indiferentes, pastaban o miraban hacia otro lado. La pelea se detuvo. El colorado bajó la cabeza y piafó mientras el vencedor trotaba formando un arco, empujando suavemente a las yeguas delante de él.

Retrocedimos ayudándonos con los codos en busca del hueco de la alambrada, evitando la fila de camionetas aparcadas un poco más allá, pero nos perdimos. Aunque tardamos una eternidad en volver a ver la verja, no nos entró miedo hasta oír unas voces, apremiantes pero flojas. Tiré a mi hermana del brazo y me llevé un dedo a los labios. Sin levantar la cabeza en ningún momento pero observando a través de la hierba, vimos que tiraban de un cuerpo en una carretilla y lo echaban a un agujero ya excavado. Un pie sobresalía del borde, y temblaba, como si pudiera salir de allí, como si con un pequeño esfuerzo pudiera quitarse de encima la tierra con que lo estaban cubriendo. No vimos las caras de los hombres que lo enterraban, solo sus pantalones, pero sí vimos el filo de una pala que empujó el pie tembloroso para que se uniera al resto del cuerpo. Cuando mi hermana vio que golpeaban aquel pie negro con su rosada planta surcada de regueros de barro para meterlo en la tumba, se estremeció de pies a cabeza. Le estre-

ché los hombros con fuerza e intenté atraer sus sacudidas a mis huesos, porque, como hermano cuatro años mayor que ella, me creía capaz de dominarlas. Hacía ya mucho rato que aquellos hombres se habían marchado y la luna era un melón cuando nos sentimos lo bastante seguros para tantear la hierba y nos arrastramos con la tripa pegada al suelo, buscando otra vez el hueco bajo el alambre. Llegamos a casa pensando que nos darían unos buenos azotes o que por lo menos nos regañarían por volver tan tarde, pero los mayores no repararon en nosotros. Algún problema los tenía preocupados.

Como se ha empeñado en contar mi historia, piense lo que piense y escriba lo que escriba, tenga esto bien presente: olvidé aquel entierro. Solo recordé los caballos. Eran tan hermosos. Tan brutales. Y se pusieron de pie como hombres.

Respirar. Cómo hacerlo para que nadie se diera cuenta de que estaba despierto. Fingir un ronquido profundo y regular, relajar el labio inferior. Y lo más importante: no mover los párpados, que el corazón lata con regularidad y las manos se queden flojas. A las dos de la madrugada, cuando entraran a comprobar si necesitaba otra dosis inmovilizante, verían al paciente de la habitación 17 de la segunda planta sumido en un sueño de morfina. Si quedaban convencidos, tal vez evitasen la inyección y le quitaran las correas, así sus manos podrían disfrutar de la sangre. La clave para imitar un semicoma, lo mismo que para hacerse el muerto boca abajo en un campo de batalla embarrado, consistía en concentrarse en un objeto neutro. En algo que asfixiara cualquier insinuación casual de vida. Hielo, pensó, un cubito, un carámbano, un estanque helado, un paisaje escarchado. No. Demasiada emoción en las lomas heladas. ¿Fuego entonces? Nunca. Demasiado activo. Necesitaba algo que no desper-

tara ninguna sensación, que no alentara ningún recuerdo —agradable o vergonzoso—. Solo buscarlo ya le alteraba. Todo le recordaba hechos cargados de dolor. Imaginaba una hoja en blanco y se acordaba de la carta que había recibido, la que le había hecho un nudo en la garganta: «Ven cuanto antes. Ella habrá muerto si tardas mucho». Finalmente decidió que la silla del rincón sería su objeto neutro. Madera. Roble. Lacada o pintada. ¿Cuántos barrotes tenía el respaldo? ¿El asiento era plano o curvado, para el trasero? ¿Estaba hecha a mano o fabricada en serie? Si estaba hecha a mano, ¿quién fue el carpintero y de dónde sacó la madera? Inútil. La silla suscitaba preguntas, no vacía indiferencia. ¿Y el mar en un día soleado visto desde la cubierta de un transporte de tropas, sin horizonte ni esperanza de encontrarlo? No. Tampoco, porque entre los cuerpos que mantenían fríos abajo, quizá estuvieran sus amigos del pueblo. Tendría que concentrarse en otra cosa: un cielo nocturno y sin estrellas, o, mejor, unas vías de ferrocarril. Sin paisaje, sin trenes, solo vías interminables..., interminables.

Le habían quitado la camisa y las botas de cordones, pero los pantalones y la chaqueta del ejército (nada eficaces para el suicidio) los habían dejado colgados en el armario. No tenía más que recorrer el pasillo y salir por la puerta de emergencia, que nunca estaba cerrada desde que se declaró un incendio en aquella planta y una enfermera y dos pacientes murieron. Es lo que le había contado Crane, ese viejo charlatán que mascaba chicle como un poseso

mientras lavaba los sobacos al paciente, pero para él que solo era un cuento inventado por el personal para poder salir a fumar. Su primer plan de fuga consistió en golpear a Crane cuando fuera a limpiarle la suciedad. Pero para eso tenía que soltarse las correas, y era demasiado arriesgado, así que optó por otra estrategia.

Dos días antes, esposado en el asiento trasero del coche patrulla, volvió la cabeza violentamente para ver dónde estaba y adónde le llevaban. Nunca había estado en aquel barrio. Su territorio era el centro de la ciudad. Nada destacaba en particular excepto el llamativo letrero de neón de un restaurante y un cartel enorme en el jardín de una iglesia diminuta: AME Sión. Si conseguía llegar a la salida de incendios, ahí se dirigiría, a Sión. Pero, antes de escapar, tenía que conseguir unos zapatos de algún modo, como fuera. Andar por la calle en pleno invierno sin zapatos era lo mejor que podía hacer para que lo arrestasen y le volvieran a encerrar en el pabellón y lo condenaran por vagancia. Interesante ley..., vagancia, o sea, estar en la calle o caminar sin un propósito claro. Llevar un libro ayudaría, pero ir descalzo desmentiría su «propósito», y quedarse quieto en algún sitio podría dar lugar a una denuncia por «merodear». Sabía mejor que la mayoría que no hacía falta estar en la calle para alterar el orden legal o ilegalmente. Podías estar bajo techo, llevar años viviendo en tu casa, y aun así hombres con placa o sin ella, pero siempre con pistola, podían obligarte a ti y a tu familia y a los vecinos a

hacer las maletas y a largarte..., con o sin zapatos. Hace veinte años, a los cuatro años, tenía zapatos, aunque la suela de uno de ellos se despegaba a cada paso. Los vecinos de quince casas recibieron la orden de abandonar su pequeño barrio de la periferia. Veinticuatro horas, les dijeron, o ateneos a las consecuencias. Las «consecuencias» eran «la muerte». Por la mañana temprano les entregaron los avisos, así que, haciendo balance, el día consistió en confusión, ira y un ir y venir de maletas. Al anochecer, la mayoría se estaba marchando, en vehículos si los había, si no, a pie. Y, sin embargo, a pesar de las amenazas de aquellos hombres que llevaban la cara tapada o no, y de las súplicas de los vecinos, un viejo llamado Crawford se sentó en las escaleras del porche de su casa y se negó a desocupar su casa. Los codos en las rodillas, las manos entrelazadas, mascando tabaco, esperó toda la noche. Justo después del amanecer, al cumplirse las veinticuatro horas, le pegaron con tubos y culatas de fusil hasta matarlo y lo ataron a la magnolia más vieja del condado, la de su propio jardín. Quizá la querencia por aquel árbol que, solía presumir de ello, había plantado su bisabuela, lo puso tan terco. Al amparo de la noche, algunos vecinos volvieron furtivamente, lo desataron y lo enterraron bajo su amada magnolia. Uno de los sepultureros contó a quien quiso escucharle que al señor Crawford le habían sacado los ojos.

Aunque los zapatos eran vitales para la evasión, el paciente no tenía. A las cuatro de la madrugada, antes de sa-

lir el sol, consiguió aflojar las correas de lona, se desató e hizo jirones el camión del hospital. Se puso los pantalones y la chaqueta del ejército y recorrió el pasillo descalzo. Salvo por el llanto en la habitación contigua a la salida de incendios, todo estaba tranquilo —ni el chirrido de los zapatos de algún viejo, ni risitas sofocadas, ni olor a tabaco—. Las bisagras gruñeron cuando abrió la puerta y el frío le golpeó como un martillo.

El hierro helado de la escalera de incendios dolía tanto que saltó por encima de la barandilla para hundir los pies en la nieve del suelo, más cálida. La maníaca luz de la luna, que hacía el trabajo de las estrellas ausentes, armonizaba con su desesperado frenesí e iluminaba su encorvada espalda y las huellas que dejaba en la nieve. Llevaba la medalla por los servicios prestados en el bolsillo pero ninguna moneda, así que no pensó en buscar una cabina para llamar a Lily. De todas formas no lo habría hecho, y no solo por su fría despedida, sino porque le daba vergüenza necesitarla en aquellos momentos: fugitivo del manicomio y descalzo. Cerrando con ahinco el cuello de la chaqueta, evitando la acera, de la que habían limpiado la nieve con palas, por los bordillos llenos de nieve recorrió tan deprisa como le dejaron los residuos de medicación las seis manzanas que separaban el hospital de AME Sión, la pequeña parroquia de madera de dos plantas de altura. Habían limpiado la nieve de los escalones del porche, pero no había luces encendidas. Llamó con los nudillos; fuerte, pensó, para lo ateridas

que tenía las manos, pero sin amenazar, no como cuando un grupo de ciudadanos aporrea una puerta, o la chusma, o la policía. La insistencia dio sus frutos. Se encendió una luz y la puerta se abrió una rendija, y luego más, mostrando a un hombre canoso en bata de franela, con las gafas en la mano y frunciendo el ceño ante la insolencia de un visitante que llegaba antes del amanecer.

Quiso decir «Buenos días» o «Perdone», pero su cuerpo tiritaba violentamente, como si fuera una víctima del baile de san Vito, y los dientes le castañeteaban tanto y tan fuerte que no pudo articular palabra. El hombre de la puerta se hizo cargo de la situación de su tembloroso visitante y retrocedió para dejarle entrar.

—¡Jean! ¡Jean! —Se volvió hacia las escaleras y llamó al piso de arriba antes de invitar al visitante a pasar—. Dios mío —masculló cerrando la puerta—. Estás fatal.

El visitante quiso sonreír, pero no pudo.

—Soy Locke, reverendo John Locke. ¿Y tú?

—Me llamo Frank, señor. Frank Money.

—¿Vienes de abajo, del hospital?

Frank asintió mientras daba patadas al suelo para que los dedos de los pies volvieran a la vida.

El reverendo gruñó.

—Siéntate —dijo. Luego, meneando la cabeza, añadió—: Has tenido suerte, hermano Money. Venden muchos cuerpos en ese sitio.

—¿Venden cuerpos? —repitió Frank dejándose caer en

el sofá. Solo vagamente le importó o le preocupó lo que aquel hombre estaba diciendo.

—Ajá. A la facultad de medicina.

—¿Venden cadáveres? ¿Para qué?

—Pues, ya sabes, los médicos necesitan trabajar con muertos pobres para ayudar a los ricos vivos.

—John, ya basta. —Jean Locke bajaba las escaleras atándose el cinturón de la bata—. No dices más que tonterías.

—Mi mujer —dijo Locke—. Dulce como la miel, pero a veces se equivoca.

—Señora... Siento... —Todavía tiritando, Frank se levantó.

La señora Locke le interrumpió.

—No es necesario. Sigue sentado —dijo, y se metió en la cocina.

Frank obedeció. En la casa no había viento, pero hacía casi tanto frío como en la calle, y las fundas de plástico bien tirantes que cubrían el sofá no ayudaban.

—Disculpa si la casa está demasiado fría —dijo Locke al ver los labios tiritantes de Frank—. A la lluvia estamos habituados, a la nieve no. ¿De dónde vienes?

—Del centro de la ciudad.

Locke volvió a gruñir. Eso lo explicaba todo.

—¿Y quieres volver?

—No, señor. Quiero ir al sur.

—Ya. ¿Y cómo es que has terminado en el hospital y

no en la cárcel? Allí llevan a la mayoría de los que encuentran descalzos y a medio vestir.

—Por la sangre, supongo. Tenía mucha recorriendo mis mejillas.

—¿Y por qué tenías toda la cara manchada de sangre?

—No lo sé.

—¿No te acuerdas?

—No. Solo recuerdo que hubo un ruido. Fuerte. Muy fuerte. —Frank se frotó la frente—. ¿Quizá me metí en una pelea? —dijo con tono de pregunta, como si el reverendo supiera por qué le habían tenido dos días atado y sedado.

El reverendo Locke le miró con preocupación. No con nerviosismo, solo con preocupación.

—Tal vez creyeran que eras peligroso. Solo por estar enfermo no te habrían ingresado. ¿Adónde ibas exactamente, hermano? —Seguía de pie, con las manos a la espalda.

—A Georgia, señor. Si puedo.

—Eso nunca se sabe, queda mucho camino. Y bien, hermano Money, ¿tienes dinero? —Locke sonrió. Le hizo gracia su propio ingenio.

—Algo llevaba cuando me cogieron —respondió Frank. En esos momentos en los pantalones solo llevaba la medalla del ejército. Y no era capaz de recordar cuánto le había dado Lily. Solo sus labios curvados hacia abajo y su mirada implacable.

—Y ya no lo tienes, ¿verdad? —Locke entornó los ojos—. ¿Te busca la policía?

—No —dijo Frank—. No, señor. Solo me dieron unos cuantos empujones y me encerraron en el pabellón de los locos. —Formó un hueco con las manos y respiró en su interior—. No creo que me acusen de nada.

—Aunque lo hicieran, no llegarías a saberlo.

Jean Locke volvió con un cuenco de agua fría.

—Mete aquí los pies, hijo. Está fría, pero no conviene que los calientes demasiado deprisa.

Frank metió los pies en el agua y suspiró.

—Gracias.

—¿Por qué lo han encerrado? La policía, me refiero. —Jean dirigió la pregunta a su marido, que se encogió de hombros.

Por qué, ciertamente. Aparte de aquel rugido del B-29, no recordaba qué había hecho exactamente para llamar la atención de la policía. Si él no se lo podía explicar, cómo lo iba a hacer a una amable pareja que le había ofrecido ayuda. Si no se estaba peleando, ¿estaría meando en la acera? ¿Insultó a alguien que pasaba, a unos niños que volvían del colegio? ¿Se estaba golpeando la cabeza contra una pared o estaría escondido detrás de unas plantas en algún jardín trasero?

—Seguro que hice algo malo —dijo—. Eso tuvo que ser.

Era cierto que no se acordaba. ¿Se había tirado al suelo al oír de pronto una detonación? Tal vez se hubiera enzarzado en alguna trifulca o quizá se había echado a llorar

delante de unos árboles —para pedirles disculpas por algo que no había hecho—. Lo que sí recordaba era que en cuanto Lily cerró la puerta tras él y a pesar de la importancia de su misión, su ansiedad se volvió inmanejable. Se tomó unas cuantas copas para tranquilizarse antes del largo viaje. Cuando salió del bar, la ansiedad había desaparecido, pero también la cordura. Volvieron la rabia —que flotaba libre a su alrededor—, el odio a sí mismo disfrazado de culpa de los demás. Y los recuerdos que habían madurado en Fort Lawton, donde, tan pronto como le licenciaron, empezó su vagabundeo. Nada más desembarcar pensó en mandar un telegrama a casa, porque en Lotus nadie tenía teléfono. Pero las operadoras estaban en huelga y con ellas los empleados de telégrafos. En una postal de dos centavos escribió: «He vuelto sano y salvo. Nos vemos pronto». «Pronto» no llegó porque no quería regresar a casa sin sus «compañeros». Estaba demasiado vivo para presentarse ante los padres de Mike y de Stuff. Su fácil respiración y su ser ileso serían un insulto para ellos. Por mucho que inventara alguna mentira sobre su heroica muerte, no podría culparles por su rencor. Además, odiaba Lotus. Sus vecinos crueles, su aislamiento y en especial su indiferencia con respecto al futuro solo resultarían tolerables si sus compañeros hubieran regresado con él.

—¿Cuánto hace que has vuelto? —El reverendo Locke seguía allí. Había suavizado la expresión.

Frank levantó la cabeza.